

EL FRÍO DE LA MADUREZ

Todo el mundo admira lo bonito que es crecer, pero nadie te cuenta lo doloroso que es. Todo el mundo halaga las cosas que podrás conseguir, pero nadie te dirá todas las que tendrás que perder. Y esas cosas que pierdes, que no son materiales, que no puedes guardar en un baúl ni llevar en una maleta, pasan como las estaciones, con la diferencia de que no volverán al año siguiente. Tal vez todo esto suene derrotista y melancólico, mas todos esos pensamientos son los únicos que se me vienen a la cabeza cuando camino por las calles de Huétor en invierno. El paisaje, aunque precioso, casi siempre es el mismo. Sierra Nevada como telón de fondo, callejones vacíos, cielos grises, poco ruido y tanta paz que hasta te asalta la pena. ¿Eran así estas calles hace veinticinco años? No... antes los inviernos en este pueblo no eran tristes. Lo sé porque las cosas vividas con inocencia y felicidad rara vez se olvidan. Y yo no olvido que los charcos de la Calle Agua a veces hacían las dotes de pozas en las que salpicar y bañarse con ropa, y que las altas botas de goma que calzabas no evitaban que tuvieses que escurrir los calcetines al llegar a casa después del colegio. No olvido los “abrigate que hace frío” de mi madre y acto seguido salir sin chaquetón. Siempre he pensado que no existe el frío si el alma es cálida, y se ve que me viene desde niño. Recuerdo el sonido del timbre mezclado con el de la tromba de agua después de comer, justo antes de volver a entrar a las clases del colegio por la tarde. No tenía ni que descolgar el telefonillo para saber quién era. “Baja, que mi abuela me ha dado cinco duros. Te invito a la maquineta de Las Pilas” Y allí que íbamos, arrastrando un par de taburetes más altos que nosotros, sin importar el frío que hacía en el rellano donde estaba la recreativa. Con aquel dinero alcanzaba para jugar un par de intentos; una vida cada uno. Una vida cada uno, qué ironía...

Cuando era niño, oía decir a los vecinos que los inviernos en Huétor eran fríos y no lo entendía. Cómo iba a hacer frío en Huétor si allí tenía los besos de mis padres, las risas de mis amigos, las miradas de ella. Cómo iba a hacer frío en Huétor si tocábamos a un timbre y echábamos a correr. Qué frío íbamos a tener si las chimeneas estaban siempre encendidas y en la mesa camilla no faltaba el brasero de picón. Era imposible que hiciese frío si los martes por la mañana la flauta del afilador impregnaba las calles y los miércoles, si llovía, el camino a la escuela era buscando la ruta por la que más balcones hubiese.

Los inviernos en Huétor nunca fueron fríos porque Huétor arropaba, sus calles, sus fachadas, conocían quién era, veían todo lo que hacía. Mi primera fechoría, mi primera disculpa. Mi primera confesión, mi primer beso. Mis primeros amigos, mis primeros recuerdos. Mi primera caída, mi último esfuerzo.

Pero todo eso ya se ha ido, porque crecí, porque ya no soy uno de esa bandada de críos que corría tras la moto del lotero, en busca de cupones caducados para que al llegar a casa pudiese decirle a mamá que esta vez sí, que esta vez nos tocaba. Todo eso ya se ha ido, porque en mis bolsillos ya no hay un puñado de canicas o tazos, porque ya no colecciono cromos ni atrapo lagartijas en La Huerta.

Decían los vecinos que los inviernos en Huétor eran fríos y yo no lo entendía; ahora empiezo a darme cuenta de algunos hechos. Ser adulto es ganar algunas cosas sacrificando otras, no importa el lugar en el que estés, no importa ni siquiera si ese lugar te arroja y conoce quién eres, lo que ha de perderse, se perderá.

Nadie me dijo que crecer era tan doloroso y tampoco, que a partir de cierta edad, el frío del invierno en Huétor duraría para siempre.